

Paradojas del amor al prójimo

Marisa Chamizo

"El amor es esa bondad, tan rara vez bondadosa y nunca del todo adecuada"

B.R. Dignin, 1892

En el curso de Jacques-Allan Miller *El partenaire-síntoma*[1], un capítulo está dedicado al "Apólogo de San Martín", ya tratado por Lacan en el Seminario sobre la ética.[2]

Dos cuestiones se recortan allí: el amor al prójimo y la satisfacción que allí se obtiene.

La beneficencia y la caridad cristiana han sido tratadas como formas de amor al prójimo, si así fuera, ¿de qué amor se trata?

Fe, esperanza y caridad son las tres virtudes teologales. Forman un tríptico que tiene su vértice en la caridad, homologada al amor.

Las tres virtudes impulsan a los discípulos de Cristo a la *unidad*, "un solo cuerpo, una sola esperanza, un solo señor, una sola fe".

En el vértice está colocada la caridad, como ese amor (lazo de oro) que une en *armonía* perfecta a toda la *comunidad* cristiana.[3] (Primera Carta de San Pablo a los Corintios y Carta de San Pablo a los Efesios)

El Apólogo

San Martín, soldado romano, encuentra en su camino a un mendigo desnudo e interpreta en su mirada una demanda, demanda de abrigo. La respuesta no tarda, corta su capa en dos y le ofrece la mitad.

Es una interpretación de la necesidad, necesidad que hay que satisfacer porque el mendigo está desnudo y una interpretación de la demanda, lo que el mendigo le pide. Es una interpretación de la demanda como necesidad. El acto de beneficencia está orientado a satisfacer necesidades.

Lo que hubo fue un encuentro, un cruce en el camino, una mirada, no hubo palabras, hubo una interpretación por parte del soldado.

Pero, quizás, *más allá* de esta necesidad de vestirse, mendigaba otra cosa, dice Lacan, "que San Martín lo mate o lo bese", por ejemplo.

La beneficencia queda ligada a la satisfacción de la necesidad y al mandamiento: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo".

Amor al prójimo

Sobre el tema del amor al prójimo, Freud da cuenta en *El malestar en la cultura*,[4] lo que allí plantea se llama: más allá del principio del placer.

"Mi amor es algo valioso para mí, no puedo desperdiciarlo, sin pedir cuentas". "Si amo a otro él debe merecerlo de alguna manera. Y lo merece si en aspectos importantes, se me parece tanto, que puedo amarme a mí mismo en él".

"El prójimo es una tentación para satisfacer en él la agresión, explotar sus fuerzas de trabajo sin resarcirlo, usarlo sexualmente sin su consentimiento, humillarlo, infringirle dolores, martirizarlo y asesinarlo."

Lacan, en el Seminario sobre ética,[5] afirma que la consecuencia de ese mandato hace surgir “la presencia de esa maldad fundamental que habita en ese prójimo como en mí mismo”.

“Mi bien no se confunde con el del otro, mi egoísmo se satisface con cierto altruismo, el que se ubica a nivel de lo *útil* y es este *altruismo* el que permite evitar encarar el problema del mal que está en cada uno en relación con el otro.”

Lacan no deja de hacer referencia a nuestra práctica en cuanto a lo que los analistas queremos para nuestros pacientes. “¿Qué bien persiguen exactamente en relación a su paciente? Tenemos que saber en cada instante cuál debe ser nuestra relación efectiva con el deseo de hacer el bien, el deseo de curar. Diré aun más, se podría de manera paradójica, incluso tajante, designar nuestro deseo como un no-deseo de curar. El único sentido que tiene esta expresión es el de alertarlos contra las vías vulgares del bien, que se nos ofrecen con su inclinación a la facilidad; contra la trampa benéfica del querer-el-bien-del-sujeto.”

Volviendo al “Apólogo”, San Martín con su acto altruista no lo mata ni lo besa, envolviéndolo con su bien demuestra que tiene tanto el poder de dar esta pieza de género como de conservarla, testimonia no solo de su buen corazón, de los mandatos divinos, sino también de su poder.

El abrigo compartido le permite poner de relieve que ni el valor del objeto, ni el gesto, son reductibles a su valor de uso ni a su valor de intercambio, sino a su valor de goce. Es lo que la economía deja de lado.

La historia destaca el carácter dual, imaginario del altruismo, que “no es más que la proyección del egoísmo en el sentido que el otro no es sino otro yo mismo”, rebajamiento del deseo a la demanda, de la demanda a la necesidad y de la enunciación al enunciado.

Lo que Lacan interroga en *El Seminario, Libro 20*,[6] *la otra satisfacción* es el más allá de la necesidad.

Hay un más allá que se llama *deseo*, cuando se trata de otra cosa y opera por desplazamiento y un más allá que se llama *goce*, otra cosa no vinculada al placer, al exceso de placer sino al mal, lo que exige un franqueamiento. El corazón de ese *yo mismo* es el mal, tal como Freud define al hombre en *El malestar en la cultura*. [7]

Es una definición del hombre que integra la pulsión de muerte.

¿Se puede ubicar, en el “Apólogo”, algo del *partenaire symptôme*? Hay dos respuestas en el curso mismo:

1) Una primera respuesta, desde el soldado, el que da afirma su poder y sobre todo su rango, encuentra en el pobre un *partenaire* que le refleja su potencia. Del lado del pobre, el que no tiene exige que se lo reconozca no solo en su pobreza, sino también en el valor de su ser, más allá de lo que le falta.

2) En el “Apólogo” no se llega a la constitución del *partenaire symptôme*, la cuestión de la beneficencia recubre con un velo la cuestión del goce, que no llega a plantearse.

Viridiana y El juguete rabioso

Quiero poner en relación, y como paradigma de una obra sobre la caridad, la película de Luis Buñuel *Viridiana* (1961), y por otro lado, la novela de Roberto Arlt *El juguete rabioso* (1931). [8]

Con respecto a *Viridiana* (nombre de una santa de la época de San Francisco de Asís):

Una joven y bella novicia, que cree en la caridad y en las buenas intenciones, decide no volver al convento y, por lo tanto, no consagrarse monja. Ha decidido dedicarse a los enfermos y pobres de su pueblo.

Un fragmento de un diálogo que mantiene con la madre superiora:

“No voy a volver al Convento. No tengo nada que reprocharme, sólo que de aquí en adelante, con mis débiles fuerzas seguiré el camino que me trace el Señor. Conozco bien mi debilidad y todo lo que haga lo haré humildemente, pero ese poco quiero hacerlo sola.”

Hereda de su tío y junto a su primo una mansión en la que la riqueza y la oscuridad están presentes.

Ella se ubica en la zona destinada a los criados y va llevando a los mendigos que encuentra cerca de la iglesia. Los rengos, el ciego, el loco, el leproso, la prostituta, la enana.

Los ubica en la casa donde ella tiene su cuarto, los distribuye en habitaciones y los reúne alrededor de la mesa. Les da casa, abrigo y alimento.

El clima es tenso, la primera reacción violenta que aparece es de todos contra el leproso cuando le descubren la lesión en su mano, ella es la única que lo defiende y los intenta convencer de que se merece el trato de un enfermo, mientras uno de ellos dice: "En la Iglesia mete esa mano en la pila santísima y dice: *Ojalá se le pase lo mío a todos*".

Ella quiere hacerlos trabajar y transformar esa casa en albergue, "donde los pobrecitos que estén de paso, encuentren techo y comida".

En el momento en que la casa principal queda sin sus dueños porque Viridiana se ha tenido que ausentar, los "pobrecitos" la toman por asalto. Proponen hacer una comida, usar los bienes, manteles, vajilla, tomar el mejor vino.

En medio de ese festín se desata el descalabro, que uno espera desde el principio.

En una memorable escena que reproduce la última cena, uno de ellos, un Judas, avisa al ciego (en el lugar de Cristo) que otro se ha apropiado de la mujer que él deseaba.

Todo termina en destrozo. Al regresar Viridiana a la casa, se enfrenta con el fracaso de su misión.

Es el fracaso lo que la introduce en el circuito mundano de hombres y mujeres, representado por su inclusión en una partida de tute cabrero con su primo y la criada. "Sabía que acabarías jugando al tute con nosotros", dice el primo al recibirla. La escena sexual está aludida y cada uno podrá suponer cuál será el premio del ganador.

Buñuel había imaginado un final en donde ella, con su pelo suelto, tocaba la puerta de las habitaciones de su primo. La censura se lo impidió, él la cambió por esta que fue aceptada por ser "inocente". Al censor se le escapó la alusión a un posible *ménage à trois*, más "pernicioso" que el primero; como en los sueños lo censurado se abre paso.

En *El juguete rabioso* de Roberto Arlt, la caridad no existe.

Son personajes patéticos, ruines y desesperados. Es una novela sobre la marginalidad urbana.

Viven de los robos y las trampas, y también de pequeñas invenciones para el mal. Los robos están más destinados a destrozarse, a romper, que a conseguir un botín que les mejore la vida.

Con un tubo de hierro, una cureña hecha con las tablas de un cajón, el inventor dice:

"Este cañón puede matar, este cañón puede destruir -y la convicción de haber creado un peligro obediente y mortal me enajenaba de alegría". Otra frase: "Llegamos a convencernos que robar era una acción meritoria y bella".

En el final, el personaje central, Silvio Astier, delata el robo que planea hacer con su mejor amigo, delata a su amigo y lanza una verdadera apología de la traición:

"Hay momentos de nuestra vida en que tenemos necesidad de ser canallas, de ensuciarnos hasta adentro, de hacer alguna infamia, de destrozarse para siempre la vida de un hombre y después de hecho eso, podemos volver a caminar tranquilos".

No hay atisbo de buenos sentimientos hacia el prójimo, se vinculan entre sí para hacer alguna maldad y en el momento final uno delata a otro, que había sido su compañero de ruta hasta ese preciso momento.

Viridiana y la novela de Arlt parecen estar en las antípodas, sin embargo tienen algo en común, muy bien descripto por Oscar Masotta en su ensayo *Sexo y traición en Roberto Arlt*. [9]

"La comunidad, ¿será comunidad de humillados? ¿Comunidad? ¿Será que el sufrimiento y la humillación acercan más a los hombres entre sí? Todo lo contrario: los humillados, en esta obra, son a la vez seres moralmente culpables, y nada más difícil para un culpable que aceptar o ser aceptado por otro culpable.

Si hay un tema rector en esta obra, hacia donde confluye lo más específicamente arltiano, entiendo que es en la imposibilidad de contacto entre humillado y humillado. Arlt, que conocía a Dostoievski, sabía muy bien que *nada*

hay más estrecho que la relación que une al verdugo a la víctima, el humillado al que humilla. Pero sabía muy bien que esa relación es improbable entre humillados.”

En las dos obras no hay comunidad entre los “humillados”, no hay relación, no hay ideales. Cada uno parece ser para el otro el andrajo que se le puede robar. Sin embargo, si hay vínculo estrecho entre el humillado y el que humilla, ahí sí, parece poder armarse un *partenaire-sintoma* en donde el *partenaire* se sitúa en relación con el otro en términos de goce.

Para que el *partenaire* se pueda constituir como tal para el otro, no se trata de este amor, amor al prójimo, amor narcisista, es necesario que algo del goce esté en la jugada. Es por esto mismo que la siguiente clase del curso trate la revalorización del amor, abre a un amor diferente, articulado con lo real.

Si nos quedáramos en el “Apólogo” nos encontraríamos con un clásico expresado con claridad por Lacan:

“No necesito pedirles que avancen demasiado en la experiencia de sus enfermos -queriendo la felicidad de mi cónyuge, sacrifico sin duda la mía, pero ¿quién me dice que la suya entonces no se evapore totalmente también?”

Notas

1. Miller, J.-A.: *El partenaire-sintoma*, Paidós, Buenos Aires, 2008.
2. Lacan, J.: *El Seminario, Libro VII, La ética del psicoanálisis*, Paidós, Buenos Aires, 1988.
3. International Bible Students Association, Brooklyn, New York, 1985, pág. 1389 - 1445.
4. Freud, S.: “El malestar en la cultura”, en: *Obras completas*, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1993, Vol. XXI.
5. Op. Cit.
6. Lacan, J.: *El Seminario, Libro 20, Aun*, Paidós, Barcelona, 1981.
7. Op. Cit.
8. Arlt, R.: *El juguete rabioso*, Tolomia, Entre Ríos, 2008.
9. Masotta, O.: *Sexo y traición en Roberto Arlt*, Eterna Cadencia, Buenos Aires, 2008.